

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1901

NÚM. 568



FLOR DE ALMENDRO



## CHARLA

ASAMOS el siglo de las luces y hemos entrado de lleno en otro nuevo siglo, que bien pudiera llamarse de las manifestaciones.

Por la cosa más pequeña, ya tienen ustedes en la calle á un puñado de gente dando gritos y luciendo banderas.

Y, cosa rara: todas estas manifestaciones son *líricas* y las más de las veces *dramáticas*.

Líricas, porque no resultan sin su poquito de música; y dramáticas, porque suelen terminar como el rosario de la aurora: á tiros y á garrotazos.

Otra particularidad tienen estas manifestaciones del pueblo. En ellas no se varía más que el *argumento*; la música siempre es igual.

Marsellesa é Himno de Riego por todo lo alto.

¿Que aumentan las contribuciones? Pues se reúnen un puñado de ciudadanos, se alquila una banda de música que haga mucho ruido, y venga Marsellesa y gritos y banderas de colores.

Hoy hace treinta años (es un suponer) que se cortó la coleta este ó aquel astro del toreo fino.

Pues ya se sabe: se juntan los buenos aficionados y todos los malletas del pueblo, y al son de la Marsellesa recorren calles y plazas desgañitándose á gritar, como si pidieran caballos en el circo tau-rino.

¿Se trata de conmemorar un hecho histórico?

¡Ah, señores! Entonces se forma otro grupo y, cantando la Marsellesa, se va por toda la población.

Es muy socorrido eso de la Marsellesa.

Sería cosa de ver una manifestación de carlistas para conmemorar algo ruidoso de su rey y señor.

Con toda seguridad que le tocaban la Marsellesa.

Y hasta puede que á él le diera gusto.

Otra cosa pasa con las manifestaciones de este siglo.

Ocurre algo parecido que con las corridas de toros.

Cuando no hay *hule* ni escándalo, parece que la fiesta nacional va á decaer por sosa

Y en las manifestaciones, cuando no hay carreras, cargas de caballería y cabezas rotas, no resultan de la trascendencia y virilidad que se apetece.



Si sobre un rosal se posa  
esta bella mariposa,  
de seguro acaba mal  
el desdichado rosal.

Digalo, si no, la que días pasados se efectuó en esta muy noble, culta é ilustrada ciudad condal. El acto comenzó perfectamente. Los que quisieron lucir la barretina, la lucieron; los que tenían banderas las sacaron, y no hubo un pendón que se quedara en casa.

Hubo Marsellesa, pues ¡está claro!, y todo marchó á pedir de boca, hasta que, próxima á disolverse, se oyeron silbidos, se lanzaron algunas piedras y se dispararon sus tiritos correspondientes, al compás de la música.

¡Qué bonito! Sobre todo para los que les agujearon la piel ó los pisotearon los manifestantes.

A una pobre señora le ocurrió una cosa terrible.

Al apercibirse de que *tiraban á dar*, apretó á correr, levantándose las faldas para que no le estorbaran, y en esta disposición trató de refugiarse en un establecimiento de comestibles; pero con tan mala fortuna, que le cogió en el mo-



—Yo soy Tatá.



—Yo, Pipi.



—Y las tres somos *de acá y de aquí*.

mento en que los dependientes bajaban la puerta de hierro.

La infeliz señora cayó al suelo empujada por la puerta, quedándose con las faldas en la parte de adentro de la tienda y desde la cintura hasta los pies de *telón* afuera, ó sea sobre el portal.

El espectáculo no podía ser más llamativo; tanto es así, que algunos ánimos se excitaron más y más, prorrumpiendo en vivas á la república federal.

Advierto á mis queridos lectores, que todas estas cosas las refiero porque me las cuentan, no porque las vea. ¡Quia! En cuanto escucho el *catachum* de la Marsellesa, me quedo en casa, como el señor de Cachupín. Si hay garrotazos, que los reciba otro.

El siglo de las manifestaciones será un gran siglo, no lo dudo; pero sin la guardia civil.

JOAQUÍN ARQUES.

# EL MANCO

**N**o conoce usted á ese que acaba de marcharse?

—No; y, sin embargo, le odio, porque veo que la trata á usted con mucho cariño.

—¡Por Jesús del Gran Poder, no sea usted envidioso, que eso es *mu* malo! Yo tenía un novio *mu* celoso, y *er probecito*, en cuanto veía que alguien me hablaba, rompía á llorar; y un día lloró tanto, tanto, que á poco más nos ahogamos todos.

—¡Algo menos!

—¡No es ponderación! ¡Si hasta lo pusieron en *El Enano*! Y bien que lo dicen sus ojos, que de tanto darles qué *hacé*, se le han *quedao mu chico*, *mu chico*, que no parece sino que se los han hecho con un punzón.

—¡Es que ése me achara, porque yo, aunque pareciera mentira, la quiero á usted con fatigas!

—¿Por qué va á *parecé* mentira? ¡Todos los días se ven *finómenos*! ¿No conoce usted al *Gamba*,

ese torero que no ha *matao* más que á su *mujé* de un disgusto? Pues ése me ha *pedío* relaciones.

—Y ¿qué le ha dicho usted?

—¡Que en mi casa no hay más cola que la del gato, ni pienso que la haya!

—Como que usted no quiere más que al *Manco*.

—Sí: *pa tocá á cuatro mano*. Yo quiero al *Manco* porque es *mu* bueno.

—Y yo ¿soy malo?

—*Entodavía* no le he *probao*.

—Porque es usted muy floja.

—Bueno: pues déjeme *descansá*.

—¡Mire usted que casarse con un hombre incompleto...!

—¿Incompleto?

—Le falta una mano...

—Y, casándome con un señorito como usted, ¿qué *íbamo á parecé*? ¡Un *orjeto* de bisutería, la

mitad fino y la mitad falso. Y, al fin, aquí, ¿quién ha *hablao* de casorio? ¡Usted, y *na* más que usted, que corre más que una *calurnia*! *El Manco* está casado, y si yo le quiero, es porque ése es mi gusto y porque se lo merece. Yo no conozco hombre más cabal que él, y, si no, oiga usted:

Yo tenía una amiga *mu* guapa; casi casi tanto como la *Macarena*... A la *probecita* la casaron con un viejo montañés que tenía

mucha *luz*, pero que era más viejo y *arrugao* que una pasa, y, *pa completá*, tenía mi mozo un *angepa* *hablá* que se hacía más *pesao* que una conversación entre un sordo y un *tartaja*.

Al principio la *mujé* no le *fartó ar* viejo; pero á los veinte años se prefiere más un hombre guapo que un gazpacho bueno; y como *Cotufa*, que es *El Manco*, tiene buen tipo y entraba y salía mucho en la casa, porque era amigo del viejo, la moza, sin darse cuenta siquiera, se fijó en él y él se fijó en ella y el viejo no se fijó en nada, y pasó, pues, Señor, lo que tenía que *pasá*: ¡que un día se dijeron que se querían!

Todas las mañanas se veían en el Parque y hablaban de sus amores y paseaban juntos, sin cuidarse de que podían ser descubiertos; y como cuando hay que perjudicar á alguien nunca falta quién acuda más pronto que la



sangre á la herida, no tardaron en irle al viejo con el cuento de que habían visto á su *mujé* con otro, y gracias que no supieron decir quién era, que, si no, hay una *desaborición*.

El montanés se puso furioso con su *mujé* y armó una escandalera tan grande que parecía que todos los vecinos habían salido á *tocá* el tambor en mitad de la calle; como que, descontando un *municipá* que vivía enfrente, se enteró todo el barrio; pero la niña estaba *chalá* por el otro, y el sermón del viejo fué lo mismo que hablarle por signos á un ciego.

Desde aquel día, el montanés no la dejaba salir á la calle y la tenía más oculta que la edad de una *mujé*.

—¡Si soy yo la mato!

—¡Porque usted es así!

—Y ¿no volvieron á verse?

—¡Ya lo creo! ¿No sabe usted que, cuando

—¡Señó! ¡Como que por eso fué el ir, y estuvieron juntos toda la mañana!

Con esta salida, el montanés acabó de ponerse más receloso que ratón perseguido; tanto, que llegó hasta á dudar de *Cotufa*. Y mire usted si fué bueno *El Manco*, que, *pa* desviarle, se casó.

—¡Poca gracia le haría el recurso á su amiga!

—No, *señó*: porque, *pa* no achararla, se casó con una que es coja, manca, tuerta y *pintá* de viruelas. ¡Ya ve usted si no es sacrificio casarse con una *mujé* que parece un hospital!

—¡Sí que lo es!

—Pues no paró ahí la cosa. El viejo siguió confiando en *Cotufa*, y *er* mozo de cada día se tomaba más confianza. Recuerdo que una noche hubo juerga en casa de mi amiga, porque era el santo de su marido, y no se le permitió la entrada en el patio á ningún hombre más que á él.

—Precisamente...

—¡*Pa* que vea usted! ¡Los maridos muchas veces tienen mostachones en los ojos!...

Pues bueno: como el viejo era más triste que un velatorio, *Cotufa* tuvo que llevar el peso de la fiesta, y tan pronto se le veía al *lao* del amo de la casa, templando la guitarra, como al *lao* de la *mujé*, tocando la pande-reta, y allí estuvo con ellos hasta que se fueron á dormir, y creo que todavía se marchó con *doló* de corazón.

Yo no sé qué mal *ange* advertiría al marido de que todas las noches entraba un hombre en su casa por la ventana baja; pero lo que sí sé es que el *mu* ruin, ¡mala bicha le remueva la huesa!, puso un cepo *mu* grande que tenía *pa* cogé liebres, y á la mañana siguiente se encontraron en el cepo dos dedos de la mano de un hombre.

—Y ¿se descubrió quién era?

—¡Sí! Se desafiaron los dos amigos, y *Cotufa* tuvo la suerte ó la desgracia de matar al viejo, y, por bien que se arreglaron las cosas, no



una *mujé* quiere, se sale por el ojo de una cerraja? Pues mi amiga se salió, contándole á su marido que iba á *vendé* flores á la feria, y sí que fué, pero *acompañá* de la hermana de *Cotufa*, porque ella fué á buscarla á su casa.

—Y ¿estaba *El Manco*?



y dígame si el hombre que se sacrifica como ése, casándose primero con una

pudo librarse del presidio.

mujé como la que tiene, que es más fea que una peseta falsa, y pierde luego uná mano y sufre condena, no merece que le quiera todo el mundo.

Allí pasó el

— Sí, señora.

pobre más trabajos que un cojo pa dar saltos mortales, y, sin embargo,

— Como que el que no le quiera debía tener mucho sueño y oír un acordeón.

no le dolían tanto los martirios como el tiempo que pasaba lejos de su amante, porque, cuanto más sufría por ella, más la quería.

— ¡Y usted debe de quererle más que nadie, porque por usted...!

Ahora póngase usted la mano en el corazón

— ¡Silencio, que viene mi hijal

F. CUENCA PI.

## CARTA ABIERTA

AL DISTINGUIDO POETA VALENCIANO DON A. SERRA CUBELLS

Mi querido amigo Antonio:  
Hombre, ¡estoy desesperado porque me han amenazado con un *doble* matrimonio! ¡Pásmate!... (¿Ya te has pasmado?)

Sé que no harás caso omiso de lo que voy á decir, pues te advierto que es preciso que del doble compromiso me ayudes pronto á salir.

Me basta un consejo sano que lo resuelva de plano; conque á ver si me lo encajas.

Y allá voy directo al grano, porque no estoy para pajas.

La cuestión fué porque un día, tras cierta escena amorosa, le dije á una novia mía

que al año justo sería, sin más tardanza, mi esposa.

Era una rubia juncal, con un busto escultural ¡y unos ojos!... ¡y un palmito!... ¡y unas... cosas que no cito por respeto á la moral!...

Bueno. Pues poco después, apenas cumplido el mes, repetí la misma escena, pero con una morena ¡que vale lo menos tres!

Pasó un día y otro día, pasó también mi alegría, y hoy paso las de Caín porque me exigen, al fin, que pase á la vicaría.

Mas es un paso que aca-o me resulte luego mal.

Tú que has dado ya ese paso, di: ¿me caso ó no me caso? Y si me caso, ¿con cuál?

Me creo amado igualmente por una y otra fielmente. ¿Son nobles? ¿Plebeyas? ¿Ricas? ¡Yo sólo sé que ambas chicas me enloquecen atrocementel

Si en unos ojos me miro, por los ausentes suspiro, y ello es cierto como hay Dios. ¿Qué hacer? O me pego un tiro... ¡ó me caso con las dos!

En mi situación incierta te pido que en carta abierta des tu opinión de hombre ducho. Pero oye... ¡no tardes mucho que tengo otra novia en puerta!

ENRIQUE CIVERA.



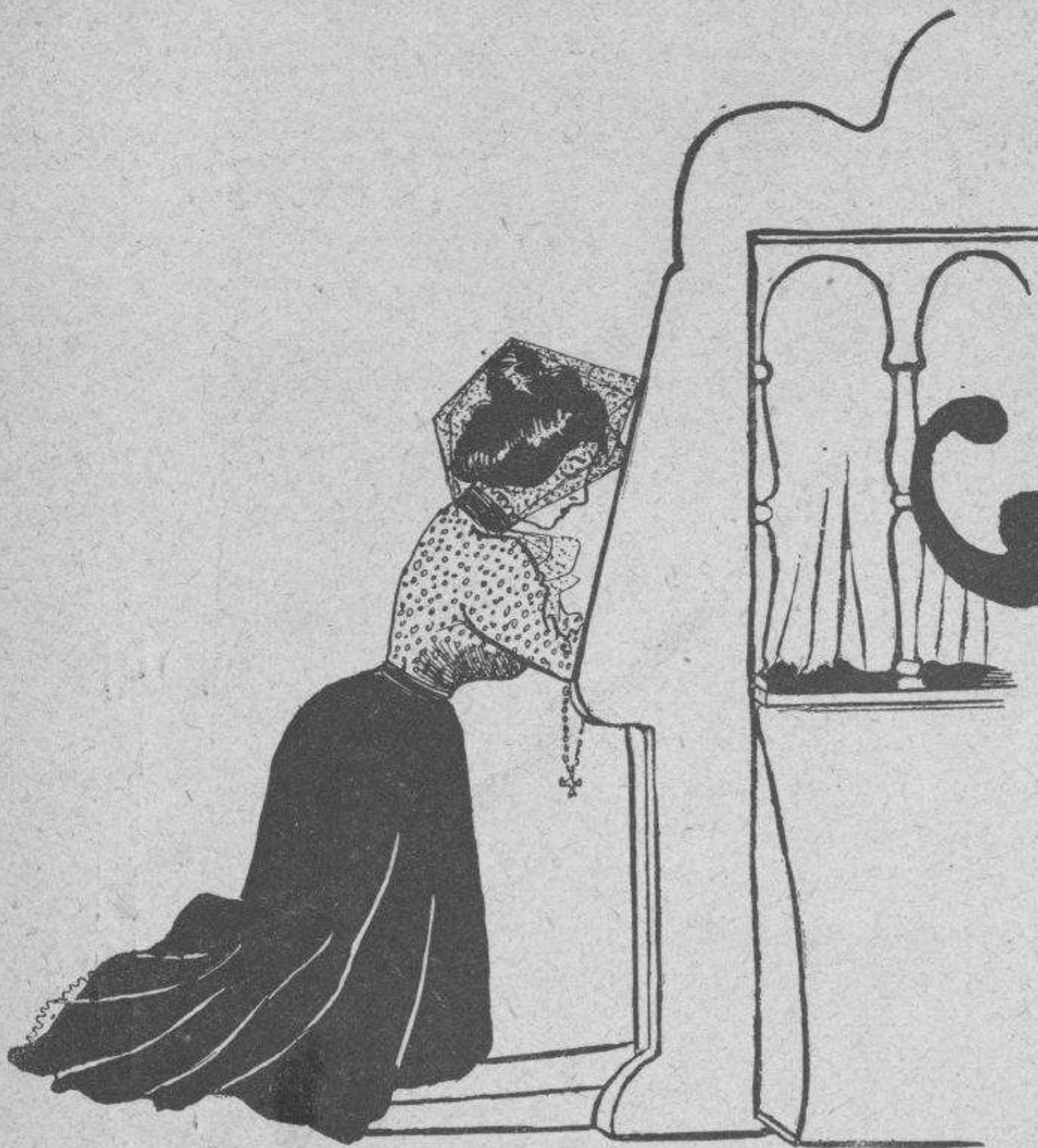
LAS ÚLTIMAS BAÑISTAS

PÁGINA ARTÍSTICA



El baño





# Confesion

y después...

—¡Me lo figuro!

Con lo dicho ya me basta.

—Se presentó de improviso sin decir una palabra.

Al verme en aquella forma, me besó y...

—¡Acaba, acaba!...

Procura darme detalles para conocer tu falta.

—Después del beso un abrazo...

—Y ¿tú, en tanto..?

—Sin palabras

con que poder defenderme.

—¡Ay infeliz desgraciada!

¡Si no lo quiero creer!...

Es decir que ¿no chillabas?

—¡No, padre! ¡Si no podía!...

¿Qué hubiese dicho mi hermana?...

MORENO.

—¿Padre, permite un momento que le diga dos palabras?

—Si promete ser concisa... porque ya el tiempo me falta.

—Sí, padre; sólo un instante; con uno solo me basta.

Yo tuve novio.

—Entendido.

(Para lo que hacía falta.)

—¡Con unos ojos que, al verlos, sin querer, me mareaba, y muy fino, y muy cortés,

y con muchas circunstancias para que yo...

—¡Sigue, sigue!

(Ya veremos en qué para.)

—Como el novio era formal y á mis padres agradaba por sus prendas naturales y las otras...

—¡Ah, caramba!

—Es claro, le permitían que hablase conmigo en casa; pero siempre acompañados.

—¿Con tu novio?... ¡Eso faltaba!...

—Pues él nunca creyó así: siempre dijo qu' sobraban.

Un día... ¡Me da una pena y siento un peso en el alma!...

Pero, en fin, no hay más remedio que confesar nuestra falta.

—Ya me doy por enterado: un abuso de confianza por su parte. Di, ¿no es eso? Me tienes que ser muy franca.

—Mi hermanita la pequeña, no estando mi madre en casa y en ocasión en que yo dispuesta á bañarme estaba, al tunante de mi novio dejó que en el piso entrara, y...

—Puedes seguir hablando; di qué pasó, desgraciada...

—¡Ay, padre! ¡Si no recuerdo! ¡Si la vergüenza me mata!...

Miró por la cerradura mientras que me desnudaba, ¡calcule usted, sin saberlo...!

Me despojé de la bata, y sin pizca de cuidado, sin saber que me miraba, con la mayor inocencia fui á meterme en el agua,



## CUESTION PELIAGUDA

**D**IGAMOS que era una de las cinco ó seis barbas notables de Barcelona, y no hablemos más del asunto.

O, más bien, hablemos: pues todo se va á reducir á tratar de la susodicha barba, de la de mi amigo Arturo: barba larguísima, poblada, sedosa, que hacía volver la cabeza á los transeuntes y obligaba á exclamar á más de cuatro:

—¡Qué hermosa barba!

Y, sin embargo, su poseedor, un muchacho sencillo, si bien no la descuidaba, no se mostraba envanecido con ella, ni miraba con desprecio al resto de la humanidad, por lo general, mucho menos peluda que él.

Un día, estaba mi amigo en compañía de gente alegre; los hombres eran libres, y las mujeres, no sólo libres, sino independientes y algo más. Una de ellas exclamó, dirigiéndose á Arturo:

—¡Qué hermosa barba tiene usted!

El joven se inclinó visiblemente lisonjeado.

—¿Se acuesta usted con ella?— volvió á decir, entre ingenua y burlona, la descocada muchacha.

—¡Es natural!

—Y ¿no tiene usted miedo de estropearla?

Arturo, no encontrando una contestación ingeniosa, se echó á reír como si le divertiera la ocurrencia.

Siguieron algunas bromas de mal gusto sobre los diversos núcleos pilosos de las personas, hasta que la misma preguntona de poco antes volvió á interrogar:

—Y ¿cómo se acuesta usted con su barba?

—¡Que cómo me acuesto con...! No entiendo.

—Sí: ¿cómo se acuesta usted con ella? La pone sobre el cobertor ó la oculta debajo de la sábana?

—Confieso que no me he fijado nunca... La pongo... donde se queda.

Toda aquella alegre sociedad lanzó un grito de estupor.

—¡Cómo! ¿No sabes dónde colocas tu barba para dormir?

El pobre muchacho, ya he dicho antes que era un alma sencilla, se turbó.

La verdad era que jamás se había fijado en el sitio donde ponía su barba.. ¿Dentro?... ¿Fuera?...



Más que cuando entona,  
más que cuando baila,

resulta esta chica  
metida... en su casa.

Aquella noche entró en su casa muy preocupado y se acostó.

Aquella noche trató de hacerlo como de ordinario y sin pensar en nada.  
¡Vano empeño!

Al principio se acostó boca arriba, colocando cuidadosamente la barba sobre las sábanas, que se subió hasta el cuello.  
No pudo dormir.

Entonces cogió la barba y la metió debajo de la ropa de la cama.

No pudo dormir.  
Se volvió boca abajo.

No pudo dormir.  
Se puso de lado y distribuyó su barba en dos mitades: una dentro y otra fuera de las sábanas...

No pudo dormir.

Se echó del otro lado.

No pudo dormir.

En resumen: pasó una de las noches más atroces que había pasado en su vida.

Y lo peor es que las siguientes no fueron mejores que aquélla.

Siempre tenía fijo en su imaginación este pensamiento:

- Pero ¿cómo acostumbraba yo á colocar mi barba?... ¿Dentro?... ¿Fuera?...

Y, por fin, una mañana, pálido, demacrado, muerto de sueño, se fué á casa de Duch y se hizo afeitar por completo aquella hermosa barba, que ya no obligó á volver la cabeza á los transeuntes de todas edades, sexos y nacionalidades.

¡Todo por una pregunta indiscreta!

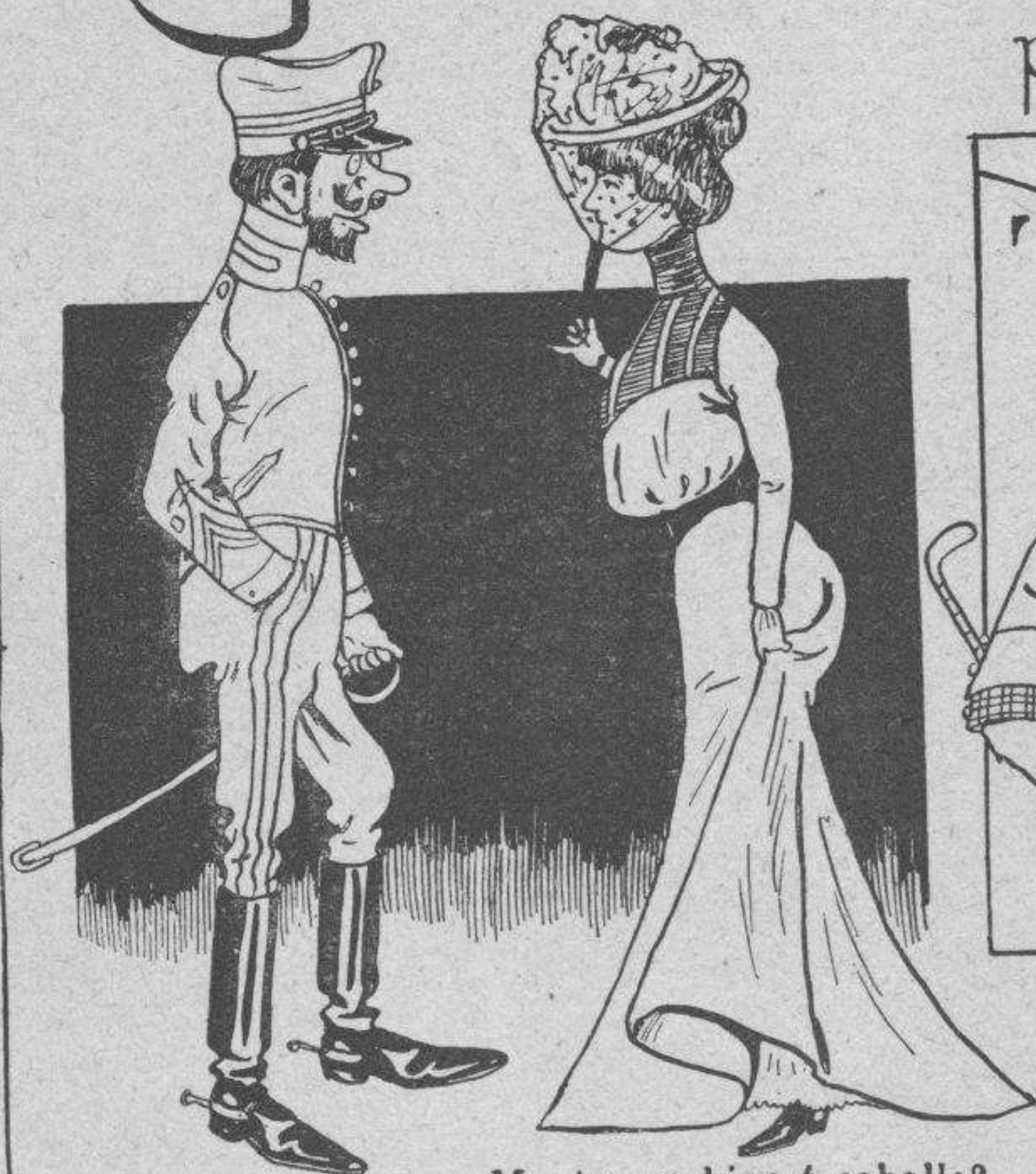
DON SEBASTIÁN.



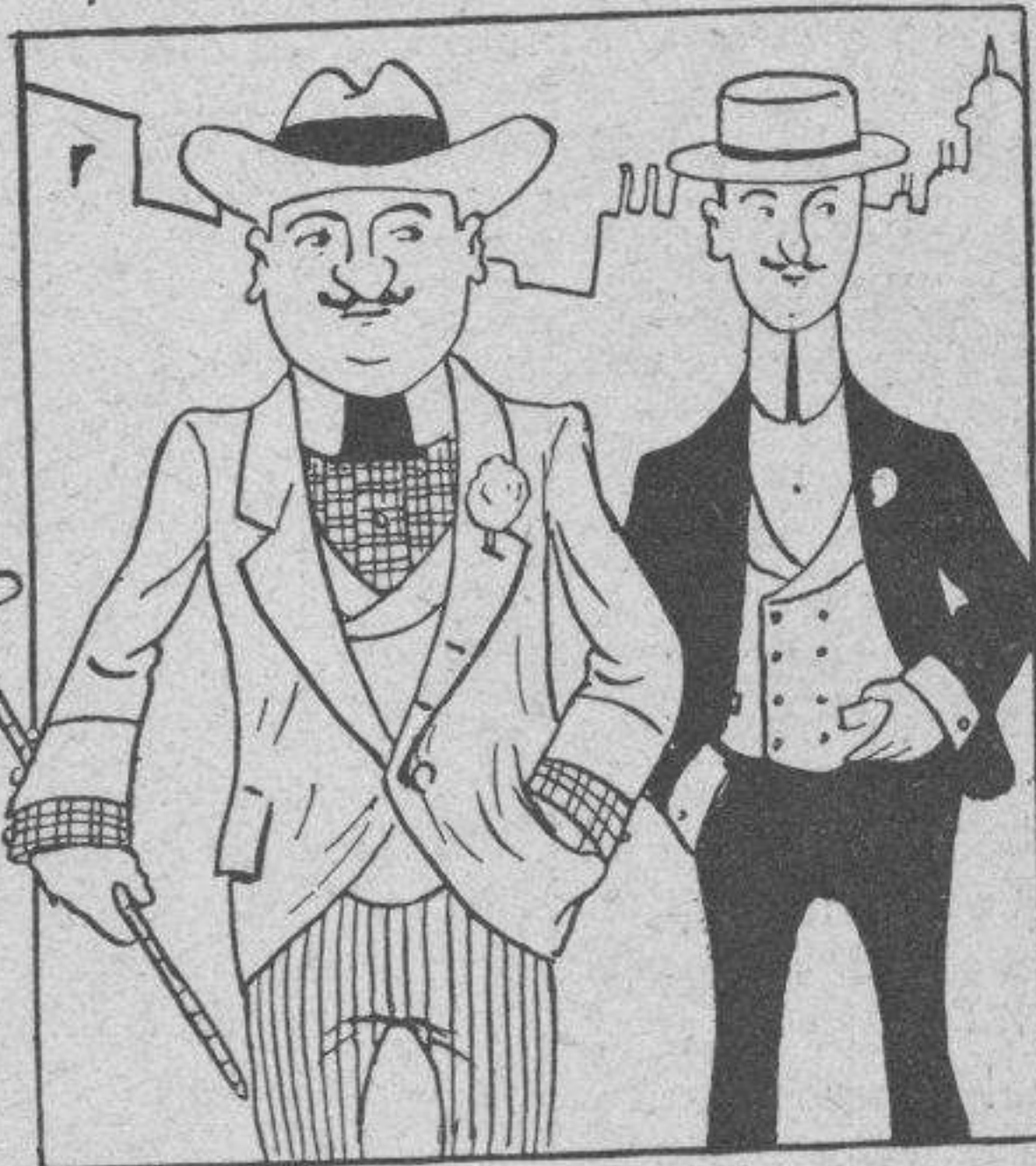
—No me equivoco:  
se abre la puerta.  
¿Será el traspunte  
ó el marquesito con la pulsera?

# ELLOS Y ELLOS

por Márquez



—¿Montas ya bien á caballo?  
—¡No lo sabes tú bien!



EN POS DE LA MUJER

—¡Como que le va á querer á ese tísico!...  
—Este bólido está loco. ¡Para él está la niña!



Aunque el cuélllo es de girafa,  
las caderas son de elefante.



—¿Qué tal lo ha pasado usted en San Sebastián, señorito? Habrá tenido poco calor  
—No lo creaz, Irene. En laz playaz ze abraza uno.

# UNA AVENTURA

FEDA contemplaba su gallarda figura de pronunciadas y onduladas formas, reflejada en la luminosa superficie del límpido cristal de Bohemia, que, cual poderoso nimbo hurtado á la irrupción de luz entre los cortinajes del balcón, la hacían aparecer como encantadora hada.

Ocultó su cabeza en inmensa cascada de sutiles encajes rosados que fueron á caer hasta los diminutos pies, quedando sujetos en la flexible cintura, y apareció el angelical rostro contraído en provocativo mohín, y los ojos, velados por largas pestañas, se entornaron, envolviendo á la reflejada imagen en una voluptuosa mirada de admiración y de mimo.

Era Feda, la mujer de moda, espiritual y mundana. Su cabeza, el sueño de un artista; su cuerpo, la embriaguez de los sentidos. Surgió quién sabe dónde. Se elevó hasta donde pudieron elevarla los compradores de su belleza.

En aquel cuarto misterioso de pagana divinidad, impregnado de perfumes delicados, vagaba el amor sugestivo, insidioso, incitante. Feda le dedicaba ardoroso culto, y en tan diminuto templo habíale ofrecido numerosas ofrendas. Mentía pasiones que no sobrevivían á las dádivas de sus adoradores, pasiones en las que no tomó la más mínima parte su corazón, que no conservaba ni un pequeño recuerdo de los ansiosos suspiros de otras épocas. Esta insensibilidad de alma siempre ansiosa y nunca satisfecha con la posesión del capricho realizado, no llevaba rumbo de finalizar, al menos aparentemente, si un día su tornadizo deseo no hubiera fijado el ideal en cosa de más honda concepción que las hasta allí ilusiones materiales.

Volvió acaso de alguna cita de amor, hastiada é indiferente, ocultos los subastados encantos en modestos atavíos matinales, cuando llamaron su atención las insistentes miradas de un jovenzuelo cuyo labio superior apenas sombreaba el bozo. De simpático talante y de figura esbelta, vió con agrado la admiración que la dedicaba.

Era la hora en que alegres grupos de muchachas abandonaban sus talleres. Reían, charla-

ban alegremente. Comentaban con cuchicheos que terminaban en maliciosas carcajadas, los requiebros que las dirigían al paso. Parejas de enamorados transitaban despacio, formales, con la íntima satisfacción de su dicha; los ojos de él, insidiosos y acariciadores, fijos en las húmedas pupilas de ella.

El cuadro era tentador. Abogaba por la encantadora dulzura del amor lícito y santo. Hasta aquel sol de invierno pálido y tibio hacía desear el calor del hogar. Feda sintió honda melancolía y soñó en un nuevo amor, en el

amor desconocido para ella. El joven la creyó una de aquellas honradas muchachas, y, alentado por las pudorosas miradas que á través del manto sorprendía, con la cortedad y adorable nobleza de los primeros años, le declaró su pasión.

La aventura encantó á Feda; ella, tan hábil para hablar con los hombres, no sabía qué contestar; temía descubrirse. No vaciló, sin embargo, mucho tiempo, y adoptó su partido. Pergeñó una historia en que su personalidad aparecía sin velos y le dejó concebir esperanzas.

Feda entró triunfante en su casa, reía como una loca, olvidaba su pasado y se entregaba á los más románticos ensueños. Maldecía su licenciosa vida y culpaba á los hombres viciosos

que aprovechaban el abandono y desamparo de las pobres mujeres.

¡Era dichosa! Se había salvado. La salvaba el amor de aquel jovenzuelo, porque la amaba. ¡Ya lo creo! No era como los otros. ¡Qué respetuoso, qué emocionado! ¡Ni por casualidad había rozado su cuerpo con el suyo!... ¡Guapo, adorable y artista! ¡Un pintor! ¡Un famoso pintor! Lo sería, ¡no faltaba más! Allí estaba ella, que le inspiraría con su cariño, como había leído en no sé qué novela. ¡Ya le adoraba con locura!

El idilio entre los dos jóvenes continuó. Luis estaba realmente enamorado de Feda, que poseía el verdadero poder para subyugar á un artista: la hermosura; y se entregó á su amor sin ninguna sospecha, confiando en ella y soñando en las más espirituales locuras. Feda, que para él se llamaba Magdalena, fué



M. DE LARBET (TIPLE DRAMÁTICA)

en un principio muy feliz; creía adorarle, y era la primera en concebir las tonterías

Algo diabólico pasó por el cerebro de Feda, aunque sus labios dijeron cándidamente:

—Deseo ser la primera que vea tu obra.

Luis, emocionado, consintió. Un embozado deseo conmovió su cuerpo. ¡Al día siguiente su adorada Magdalena subiría al modesto estudio á contemplar su trabajo!..

Escalaba Feda la empinada y sombría escalera que conducía al estudio, los ojos brillantes, las mejillas tenuemente sonrosadas y la respiración anhelosa. Luis la seguía, pálido, un ligero temblor conmovía su cuerpo, las sienes y el corazón le latían fuertemente. El suave perfume que exhalaba su adorada le embriagaba. La miraba codicioso. Inadvertidamente, sin duda, ella elevaba demasiado su recogida falda, y Luis veía... veía también demasiado.

Por fin llegaron. A Luis le amargaba la boca; Feda sonreía maliciosamente. Tembloroso abrió la puerta y dejó paso; pero tan estrecho, que el cuerpo de ella rozó su mano. Sintió el tibio calor de la redonda cadera, aprisionada por estrecha falda, y se estremeció.

La puerta se cerró precipitadamente, amortiguando una exclamación: ¡Magdalena mía!

Más tarde, Feda volvió á su casa hastiada y descontenta. ¡Aquel amor era como todos!

\* \* \*  
Luis esperaba con ansia, emocionado, evocando recuerdos embriagadores y enervantes, la llegada de Magdalena

Le trajeron una carta en la que leyó: «Adorado Luis: Perdóname si te he engañado. No me llamo Magdalena; ven á casa; estaremos más cómodos. Tu *Feda*.

PAULINO SÁNCHEZ MARÍN.

más inocentes, las más cariñosas frases, los más delicados mimos, íntimos y dulces detalles, casi ridículos, para analizarlos serenamente y en que todos pecan cuando la pasión incita. Poco á poco sus hábitos materialistas fueron hallando estos deleites, si no risibles, aun no se atrevía á calificarlos de este modo, de una sosedad abrumadora. El otro amor, el de la lúbrica bacante, se despertó en sus sentidos y recordó las pasadas noches de placer. Aquéllas eran de trabajo obligado y nauseabundo, éstas serían de sensaciones no gustadas, de espasmos deliciosos. Soñaba en el amor carnal idealizado. Deseaba entregarse á un hombre que no la comprara.

La ocasión se presentó. Luis, á fe de enamorado, le confiaba todos sus proyectos. Le habló con entusiasmo de un cuadro casi terminado para la próxima exposición. Ella lo había inspirado, por ella deseaba la gloria para ofrecerla á sus pies y realizar su ensueño, la unión santa de sus cuerpos, ya que sus almas no se separaban.

¡Qué aguacero!... ¡Qué chiquilla!...  
¡Y qué buena pantarrilla!

# Almanaque de La Saeta

Próximamente daremos á conocer á nuestros lectores algunos artísticos grabados de los que han de figurar en el

## ALMANAQUE DE LA SAETA,

con objeto de que el público pueda apreciar la exquisita labor de nuestros dibujantes y fotógrafos.

El Almanaque de La Saeta,

que muy pronto quedará terminado, estará de venta en todos los kioscos y en las principales librerías.

### Correspondencia

E. R.—*Figueras*.—Recibidas sus «Centellas», que serán publicadas.

ABURRIDO EL MÉDICO de recetar todos los *antirreumáticos*, usa el *Bálsamo de Orive*, y entonces triunfa, se acredita y es bendecido. Farmacias. 2 ptas. frasco.

A. G. C.—Se recibieron sus versos y se publicarán. En el ALMANAQUE DE LA SAETA se ha insertado una composición de usted.

MAL OLOR DE LA BOCA.—Desaparece, notándose, por lo contrario, bien perfumada y fresca, con un buche del *Licor del Polo de Orive*, el mejor y mas barato dentífrico. 6 reales frasco, para dos meses de uso diario.

G. S.—*Madrid*.—Se publicará su artículo y el de su recomendado.

E. L. M.—*Sevilla*.—Están muy descuidados sus versos.

E. G.—*Lisboa*.—No sabe usted hacer versos.

EL AGUA DE COLONIA de Orive se vende en las Farmacias y Perfumerías en frascos de 3 á 26 reales. Por litros, con envase, 8'50 pesetas 2 litros; 4 litros, 16 pesetas á domicilio pidiéndola á su autor: Bilbao.

J. O. L.—*Madrid*.—No son propios para esta publicación asuntos tan dramáticos como el de su cuento. Escriba usted otro con menos sangre y veremos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

## LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . .	6 pesetas.
Año. . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año. . . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.


No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

### 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

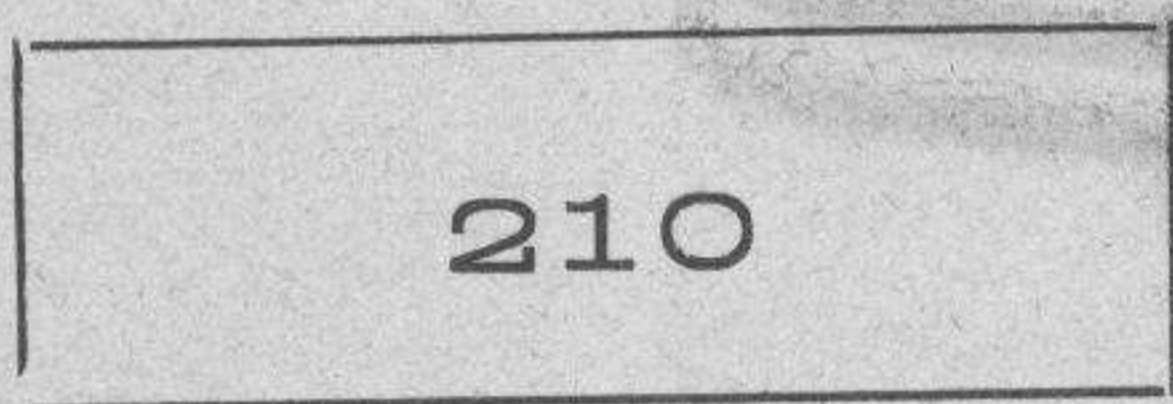
PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

**Charada**

Cierto sujeto robó  
una pieza de tres cuatro,  
y cuando ya se creía  
el pillete puesto en salvo,  
salióle al encuentro un guardia  
y lo puso maniatado.  
—¿De dónde eres?—le pregunta.  
—De todo,—repuso el guapo,  
—Y el nombre que usas ¿cuál es?  
—Prima dos tres, el Pelao.  
Y al chalet sin compasión  
fué puesto incomunicado.

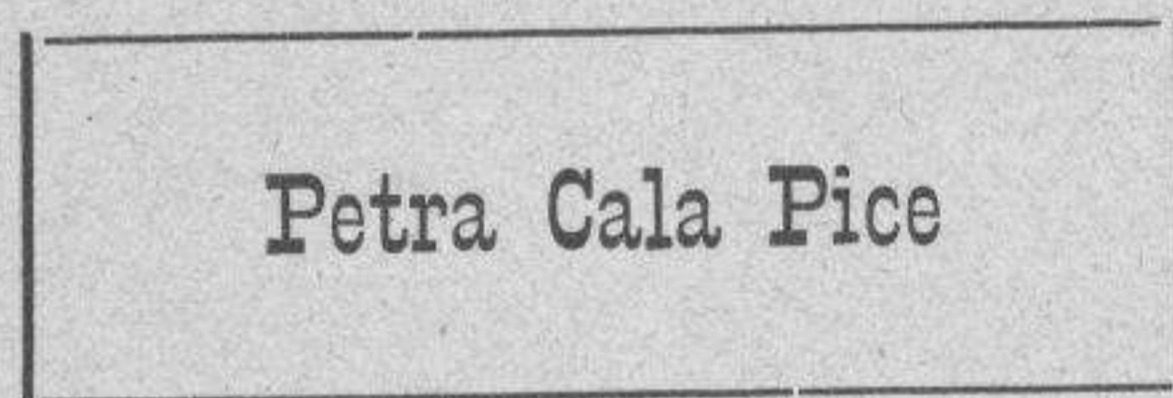
JOSÉ VALLÉS.

**Jeroglífico comprimido**



JUAN TALLADA.

**Tarjeta**



Combínense las letras de esta tarjeta, de forma que den por resultado el nombre y apellido de una aplaudida tiple.

JOSÉ VALLÉS.

**Logogrifos numéricos**

- I
- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 En gramática.
  - 3 8 2 5 6 1 3 8 Nombre de varón.
  - 5 4 2 5 6 7 8 En geometría.
  - 3 4 9 4 5 8 Enfermo.
  - 2 8 9 1 7 En el jardín.
  - 9 4 7 1 General romano.
  - 3 8 9 Enfermedad.
  - 1 7 Artículo.
  - 3 Consonante.

MANDINGA.

- II
- 1 2 3 4 5 6 7 Oficio.
  - 1 3 4 3 4 3 Tubérculo.
  - 1 2 3 4 3 Metal.
  - 4 7 6 7 Animal.
  - 4 5 3 Para encender.
  - 2 3 Nota musical.
  - 4 Consonante.

EL MARQUESITO.

**Anagrama**

**LA CALBA**

Formar con estas letras el nombre de dos distintos peces; uno en catalán y otro en castellano.

JUAN TALLADA.

**Inicial acróstica**

```

* * 0 * *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * 0 *
  * * 0 * *
    
```

Substituir las estrellas y ceros por letras, de modo que en la línea vertical de ceros se lea el nombre de una conocida tiple, y en las horizontales lo siguiente: 1.<sup>a</sup>, verbo; 2.<sup>a</sup>, flúido; 3.<sup>a</sup>, tiempo de verbo; 4.<sup>a</sup>, nombre de letra; 5.<sup>a</sup>, división del año; 6.<sup>a</sup>, número; 7.<sup>a</sup>, adverbio de lugar; 8.<sup>a</sup>, signo aritmético; 9.<sup>a</sup>, parte del cuerpo de las aves; 10.<sup>a</sup>, época indefinida; y 11.<sup>a</sup>, el mundo.

JOSÉ VALLÉS.

**Soluciones á lo insertado en el núm. 567**

CHARADA.—Agustina.

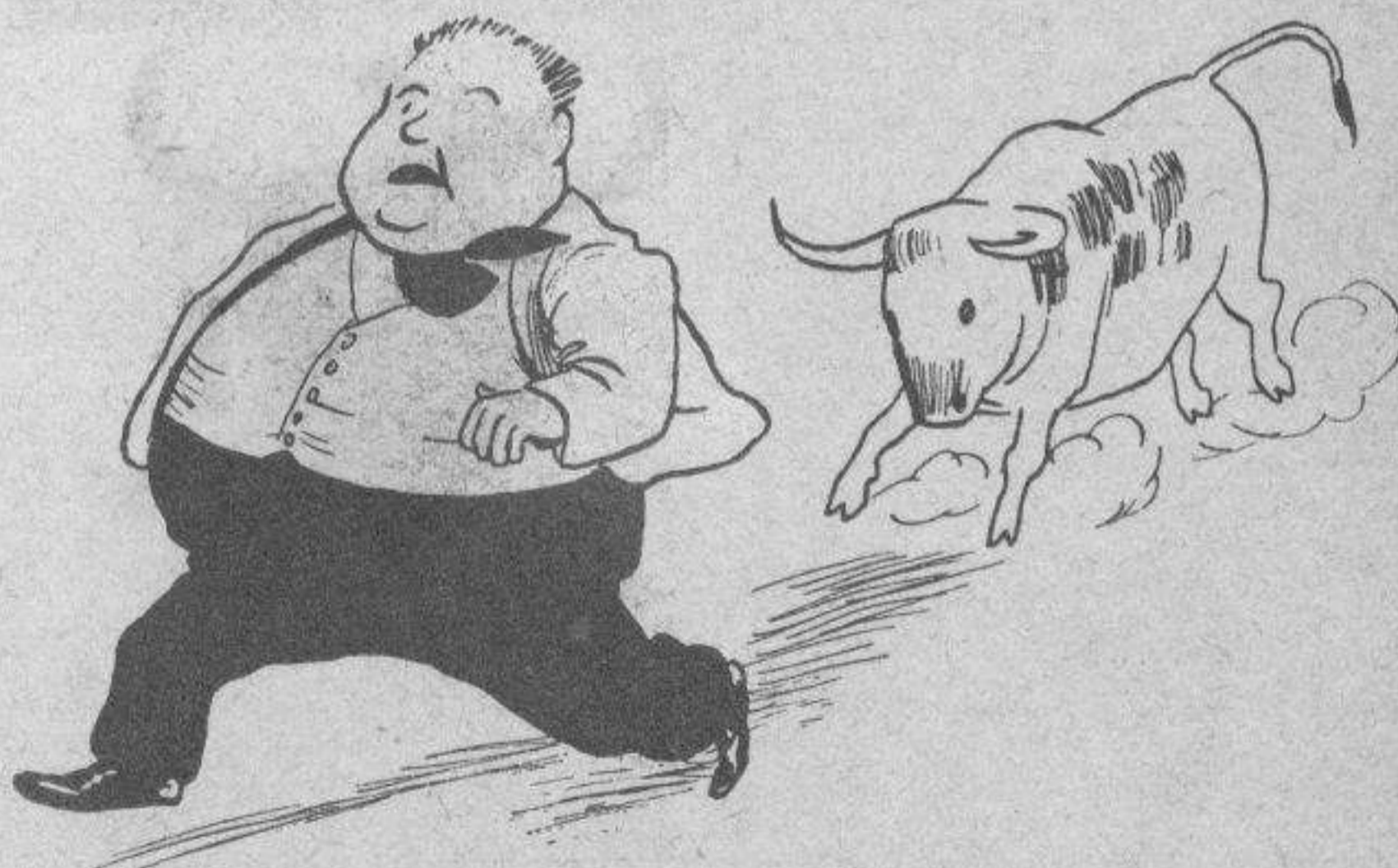
JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Diámetros.

TARJETA.—Consuelo Taberner.

ACRÓSTICO DOBLE:

```

A B U S O
A R M A S
B U R L A
I S L E O
V E R S O
A L B U M
L A U R A
A S A B A
    
```



—El gordo y un toro que lo va á coger. Este es el mejor sueño para jugar á la lotería.





# LA SACTA



20 céntos.

Núm. 569

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso Ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Comida infantil

Sopa de sémola fina,  
después boquerones fritos;  
con este plato se bebe  
*Emulsión Escot* por vino.  
Leche, no en vaso ni copa,  
sino en biberón de vidrio;  
pelotas de goma elástica  
en vez de las del cocido,  
y para postres *natillas*  
como *aquellas* de los niños.

J. A.

El maestro habla como si la nariz fuera su instrumento fonético. Tiene un tonillo gangoso, insufrible. Al dar la lección á Pepito, le dice:



—¡Oiga usted, amigo!... ¿Hay te...rremoto?...  
—Pa mí que hay inundación...  
—¿De... vino?  
—Y de agua... ardiente...

—Ya lo ves, amiguito: imítame. Hay que escribir con naturalidad: lo mismo que se habla.

—¿Y cuando se habla con la nariz también debe escribirse con ella?

El maestro no supo dar respuesta á Pepito.

—Papá, tú irás al cielo sin remedio.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque eres muy raro, y el cura nos ha dicho que son muy raros los que van al cielo.

—¡Acusado! ¡Habéis arrojado á vuestra mujer dentro de una pipa de vinagre!

—¡Señor! ¡Era para conservarla mejor!

En una Exposición:

—Las tierras cocidas de Tanegra son exquisitas; bien se puede asegurar que no hay otras.

—Sí: yo tengo en casa vasijas mucho mejores: están construídas con *tierra prometida*.

Llega un viajero al hotel y pide agua caliente.

Al siguiente día, y á la hora de lavarse, vuelve á pedir agua caliente.

—¡Pero, señorito!—le dice la criada.—¡Ayer le subí una olla llena; debe tener agua caliente todavía!

Pasó un obispo por un pueblo, en ocasión que había exámenes en la escuela, y se presentó en ella para asegurarse de la instrucción religiosa que recibían los niños, acostumbrados todos por rutina del maestro á contestar á las preguntas que les hacía, formados en rueda, y ocupando siempre el mismo lugar.

—Di, niño,—preguntó el obispo, dirigiéndose á uno de ellos,—¿crees en Dios?

—No, señor,—respondió con todo aplomo el muchacho.

—¡Cómo!—exclamó el obispo.—¿No crees en Dios?

—No, señor,—volvió á decir el muchacho.—No soy yo quien cree: es ése,—añadió, apuntando con el dedo al condiscípulo á quien tocaba contestar todos los días aquella pregunta.

En la playa:

—¡Ay, Juan! El viento se lleva mi hermosa sombrilla que compré al salir de Madrid!

—¡Bah! ¡Como no la habías pagado...!

(Sigue en la penúltima página)